

LIBERTAD

Lucio Villaverde es su nombre, vive en el parque María Luisa en Sevilla, debajo de un frondoso árbol cuyas ramas parecen llegar hasta el cielo. Se cubre de la intemperie con trozos de telas encontradas en los tantos basureros dispersos en la ciudad. Su única compañía son las palomas que alborotadas se posan sobre su cuerpo sin timidez alguna.

Una mañana cálida de junio, nació el primogénito de la familia; sus padres y abuelos se llenaron de felicidad, el primer varón, a quien dejarle nada más y nada menos que el manejo de sus empresas, previa preparación por supuesto. Nada más importaba, era varón y sanito, la misión estaba cumplida, podrían llegar otros Villaverde pero sus lugares serían ampliamente secundarios.

A Etelvina, su madre, le encantaba la música, pintar, escribir, el arte en cualquiera de sus expresiones, y les transmitió a él y a sus hermanas esa pasión. Román, su padre, también lo hizo, pero con aquellas cosas referidas al manejo adecuado de números, importantes y fundamentales para que los negocios funcionaran eficientemente.

Escuela inglesa, el latín presente, y el griego también, los vocablos de la Real Academia Española impartidos todos en su educación. El mundo necesitaba gente preparada -decían su abuelo paterno y su padre- y que tuvieran también ciertas distracciones acordes a su posición social como jugar al golf o al polo.

En este contexto las decisiones personales y sus gustos no eran considerados en lo más mínimo. En algún momento de la adolescencia pensó en revelarse, gritar que quería para su vida otra cosa, aún no muy clara, pero que tanta formalidad y responsabilidades lo abrumaban. En esos momentos, Etelvina lo mimaba e intentaba hacerle comprender que su destino estaba marcado, que sólo había que resignarse; algo que tal vez ella en su propia existencia ya había aceptado.

El tiempo pasó y Lucio se recibió de contador, tenía veinticuatro años y un futuro por delante según los otros, y se hizo cargo de las múltiples empresas familiares. Pasados los treinta su nombre ya figuraba entre los más destacados a nivel empresarial. Nadie, ni sus más íntimos, jamás le preguntó si era feliz con esta vida elegida no por él.

Cerca de los cuarenta, con mucho dinero, muchas formalidades y muy solo, viajó por cuestiones laborales a París y en uno de los recesos entre reunión y reunión fue invitado a conocer un pequeño y encantador pueblo medieval llamado Yvoire, con puerto y playa, completamente peatonal. El lugar lo fascinó, sus calles estrechas y empedradas, los balcones con flores, y la simpleza de su gente lo terminó maravillando. La vida bohemia de ese sitio pintoresco lo cautivó absolutamente.

Con pretextos, su regreso se postergó algunos días, los suficientes como para que en su cabeza empezaran a hacer ruido algunas ideas, siempre presentes, que en ese momento retomaron vuelo.

Las reflexiones sobre su vacía vida, sin emociones reales, sin pasiones, se le fueron haciendo carne y su mundo solitario le provocó una tremenda desazón. La visita a aquel lugar lo hizo recapacitar, tal vez como nunca antes y en la edad madura decidió que quería ser él mismo, no importaba cómo, y lo abandonó todo, aun cuando el precio fue muy costoso. Perdió toda la herencia, pues la familia no le perdonó semejante osadía.

A Lucio la libertad le llegó tal como la soñó, aunque no fue simple, muchas comodidades antes, y ahora nada. Sus ahorros confinados, y su status social y financiero sin existencia.

La Plaza Mayor apareció ante su mirada sin saber aún cómo había llegado hasta ahí y se planteó cómo continuar, y qué le diría Etelvina en esta situación tan particular en la que se encontraba. Luego sonrió imaginando su posible respuesta.

Comenzó a caminar por las coloridas callecitas de Madrid y ante su vista apareció un cartel, en una de las tantas librerías de la zona, solicitando vendedor y allí cuando le preguntaron por sus empleos anteriores, el dueño asombrado lo contrató en el momento. El sueldo era efímero, pero lo suficiente como para pagar una sencilla habitación con baño privado y una libertad sin precio.

Durante el día trabajaba y las nohécitas eran todas suyas para hacer lo que quisiera, empezó a escribir y los textos comenzaron a fluir con naturalidad, en otros momentos pintaba coloridos paisajes con óleos brillantes y la música acompañaba cada pincelada. Y en los tiempos libres el teatro y algún que otro personaje cobraba vida en la suya.

Pasaron los años, casi veinte, nacieron en ellos algunas amistades, se vislumbraron algunos amores, todos fugaces y ninguna novedad de su familia, que parecía haber desaparecido del mundo.

Hubo buenos tiempos y muchos malos, y ningún arrepentimiento por las decisiones tomadas.

La librería funcionaba bien, pero como tantas cosas un día dejó de hacerlo. La crisis en España la afectó, como a muchos y diversos ámbitos. Y otra vez la vida de Lucio cambió, tenía ya más de sesenta años y conseguir nuevamente trabajo no resultó simple. Decidió viajar con lo esencial a Sevilla donde la situación parecía estar un poco mejor que en Madrid.

Las expectativas no fueron como pensó, no había trabajo y el escaso dinero se terminó. Con la posibilidad de encontrar un espacio donde cobijarse, fue al parque, lleno de arboledas, glorietas y palomas, muchas palomas. Los árboles parecieron abrigarlo y las aves acariciarlo, y Lucio otra vez se sintió pleno.

Para subsistir pide monedas a cambio de hojas en blanco en las que dibuja o escribe alguna frase, que regala sobre todo a los turistas que visitan el lugar durante el año. Las palomas corren y vuelan, se posan sobre los hombros y manos de los que les dan maíz, y es un verdadero espectáculo la escena que provocan, pero vuelven siempre a su amigo, ese que voló una vez como ellas y se siente tan libre en su humildad como ningún dinero lo hizo sentir jamás.